



Fig. n.º 44.- Crivell, Carlos y Lorca Antonio (2017): *Pepe Luis Vázquez, torero de culto*, Sevilla, Editorial El Paseo. Patrocinado por la empresa Sevilla Pagés, S.L. 334 páginas.

La afortunada frase de Carlos Crivell “Torero de culto” dedicada a Pepe Luis Vázquez, puede ser compartida con el nombre familiar. Un torero de culto es aquél al que los aficionados veneran como un tótem y tiene una legión de seguidores incondicionales que adoran ciertas faenas que le han quedado en la memoria, y toreros que, generación tras generación, cultivan, o intentan cultivar, su tauromaquia. De esto se deduce que Pepe Luis lo fue, sigue inspirando a muchos, y es recordado por otros.

Aun cuando la capital del toreo español sea Madrid, porque en su plaza se confirman las alternativas y las ganaderías toman antigüedad, el pulso taurino ha estado en Sevilla, que en la actualidad comparte esta primacía con otras pocas plazas. La Sevilla de Pepe Luis era la ciudad protagonista en la que se daba cita la intelectualidad que giraba en torno a la tauromaquia, cuyo decorado servía de inspiración a las más importantes figuras del toreo, y a escritores, pintores, músicos, escultores, etc., que han legado obras emblemáticas, al tiempo que se veían los personajes más oscuros de la sociedad de la época. En las ciudades de esta índole siempre han convivido la cima y la sima de la sociedad. Contrastes sociales que, como ha sido una constante a lo largo de la historia, dejan claro que tanto los triunfos como las desgracias no se reparten de manera uniforme.

Imposible aproximarse al toreo de la primera mitad del siglo pasado sevillano sin entrar de lleno en la tauromaquia de Pepe Luis. Haciendo las pertinentes diferenciaciones entre las diversas maneras de concebir la tauromaquia que tenían Pepe Luis y los demás toreros, podemos afirmar con los autores que la de aquél impregnaba la vida de la ciudad en lo que a tauromaquia se refiere y, por ende, del sevillano.

Lo escrito por Antonio Lorca y Carlos Crivell es un recorrido por la Sevilla taurina de la época citada con gran capacidad de síntesis y rigor, ahondando en las vertientes humanas, tanto en cuanto al Pepe Luis familiar como al torero, no en balde son reputados periodistas especializados en la crónica y en la crítica taurina en revista, prensa y radio de ámbito nacional y local.

Si la lidia mide con rigor el equilibrio movilidad-fuerza del toro durante los tres tercios, que en consecuencia es la ética del toreo, Pepe Luis es quien mejor ha sabido llevarla a la práctica, porque era un gran conocedor desde los años de juventud temprana, porque según nos dice Antonio Lorca, Pepe Luis en el Matadero, en el barrio de San Bernardo, «jugó al toro en sus

calles, autodidacta en el Matadero, donde se jugó la vida, con inocente temeridad, en sus corrales, y salió al mundo aún con el babi erudito del colegio, pero con el veneno taurino en las entrañas». Y mostrando cierta cautela continúa: «¿Fueron determinantes el barrio y el Matadero en la exitosa carrera de Pepe Luis? ¡Quién lo sabe ...!». Para más adelante apostillar: «no aprendió a torear en el Matadero; aprendió que sabía torear porque sí».

De aquí que el propio diestro dijera, una vez cumplidos muchos años, que «torear es aunar la inteligencia con el corazón. La cabeza, para aprender la técnica del toreo y conocer al toro, sin cuyo requisito sería difícilísimo, yo diría que imposible, torear. Y, después, poner el corazón en lo que se hace para sentir lo que se ejecuta y transmitirlo a los aficionados». Ideas que bien puede ser el resumen de su concepción del toreo, que estaba acorde con el tipo de toro que salía en las plazas, que comparado con el actual tenía menos volumen, pero era más vivaz y por tanto se movía más, era menos serio con pitones más cortos, pero era más agresivo, era menos noble, pero tenía más reflejos y sus acometidas eran más imprevisibles. Todo ello conllevaba una mayor incertidumbre en el cite. Pepe Luis no rehuía ni competencia con toreros coetáneos, ni encerrarse con toros de los más diversos encastes, tenía capacidad para hacerle su toreo a casi todas las reses, pero cuando no veía posibilidad para ello, ¿para qué perder el tiempo?, abreviaba y hasta el siguiente. Entonces no se hablaba de encastes duros o manejables. ¡Qué diferencia con la tauromaquia que vemos hoy en las plazas! El toreo de Pepe Luis es como la rosa de Juan Ramón Jiménez, después de haberla formado realiza una obra creadora y depurada.

Antonio Lorca y Carlos Crivell enfatizan lo que para ellos es más importante en «la(s) vida(s)» de Pepe Luis, y lo hacen de una manera que, sin pensar en esa idea, puede resultarle al lector una escritura reiterativa, pero es así como quieren resaltar lo fundamental del hombre y del torero, y no se produce ninguna

ruptura en el discurso pese a ello, porque lo hacen con un lenguaje exacto, que al final todas las palabras son la palabra.

La primera parte del libro, «El hombre», Antonio Lorca la desarrolla de forma original, y en ella subraya las virtudes y los defectos de Pepe Luis, con lo cual evita que sea una hagiografía. Que por otra parte es donde caen la mayoría de las biografías, taurinas o no, al mostrar al personaje parcialmente. Aquí se presenta a la persona en su totalidad, sin eludir algunos temas más o menos espinosos. Estas primeras páginas dan voz a quienes mejor conocen al hombre, su mujer e hijos, principalmente al que ha sido figura del toreo, hoy retirado, Pepe Luis Vázquez Silva. Al terminar este primer capítulo me quedo con la sensación de que conozco al hombre, a Pepe Luis Vázquez Garcés, después de haber entrado en el salón familiar y conocer sus vivencias personales. Pocas veces, en una biografía se nos presenta una oportunidad como ésta, en cada página se alude a hechos y seres conocidos en medio de cosas y de seres desconocidos.

«La vida torera de Pepe Luis» la vamos a conocer por la labor historiográfica y periodística que ha realizado Carlos Crivell. Con ella nos introduce en lo que sucedía en los ruedos cuando Pepe Luis desgranaba su torería, con una minuciosidad tal que junto a las incidencias más relevantes aparecen hechos menores, pero importantes a la hora de informar al lector aficionado.

Bien como antepecho de una crónica o como comentario para finalizar la misma, Crivell deja su impronta de crítico veraz y estudioso de la tauromaquia en general, y de la particular de Pepe Luis. Con ello consigue colocar al lector en situación. Permítanme en este punto hacer el siguiente símil al comparar la labor de Carlos Crivell con la brega que los subalternos hacían en tiempos de Pepe Luis, con la que mostraban al matador cómo es el toro, lo cual redundaba en beneficio de la faena que haría el maestro, tanto en el primer tercio con la capa, como en el tercero con la muleta. De tal forma consigue Crivell involucrar al lec-

tor con lo que Pepe Luis hacía, que entran ganas de coger una muleta e intentar dar algunos de los muletazos descritos, aunque se sepa con antelación que eso será imposible, porque «si el toreo en abstracto pudiera materializarse un día, si pudiera tener centímetros y gramos, medida y peso, eso sería Pepe Luis».

Este texto inteligible por todos los lectores, que al mismo tiempo constituye una muestra de cómo puede a la vez alcanzar enjundia taurómaca, demuestra que el rigor a la hora de tratar un tema es compatible con una comprensión fácil, al ir directamente a lo fundamental. Una biografía como esta de Pepe Luis Vázquez –la mejor y más completa hasta ahora– era reclamada por muchos(as), pasará como indispensable a engrosar la ya abultada nómina de biografías de toreros y de gente del “planeta de los toros”. La mejor manera de hacer elogio de un personaje consiste en vindicar su figura, transcribir sus más hermosos hechos y no en parafrasear lo dicho por otros. Todo lo que hay que decir lo dicen Crivell y Lorca enseguida, van directamente al meollo de lo importante.

Manuel Castillo Martos
Fundación de Estudios Taurinos

